
El pacifismo en los años ochenta

En el curso de la década actual se ha suscitado en Europa y los Estados Unidos un debate entre algunos intelectuales importantes, sobre las múltiples implicaciones de la guerra fría, el armamentismo y los movimientos pacifistas. En México, como suele suceder (véase el caso de la tardía concientización ecológica), esta polémica ha tenido una escasa repercusión a pesar de la creciente convicción pública de que una tercera guerra mundial provocaría la destrucción total del planeta debido a la monstruosa cantidad y calidad de los armamentos atómicos.

No sólo las teorías sobre el “invierno nuclear” o la comprobación estadística de la redundante capacidad de aniquilación de los actuales arsenales nucleares debería motivarnos a la reflexión crítica, también la intrínseca *irracionalidad* de la lógica bélica, con su irrefrenable desarrollo armamentista, tiene que convertirse en un tema esencial del debate político-cultural de nuestro tiempo. En este sentido, resulta alarmante el hecho de que mientras el mundo gasta cerca de un billón de dólares anuales en armas (un millón 800 mil dólares por minuto), la población del planeta padece la muerte de un niño cada dos segundos a causa de enfermedades y desnutrición.

Abordar el trascendente asunto de la guerra y la paz nos conduce irremediablemente a la *toma de partido* frente a problemas esenciales que atañen al planeta en su conjunto como los de: la reproducción de constantes guerras regionales, el criminal negocio de la venta de armas, la dominación imperialista o hegemónica, las luchas de liberación nacional o la defensa de la democracia, la distribución social de los recursos económicos y la forma ecocida de concebir la relación hombre-naturaleza.

El presente trabajo critica la postura política expuesta por A. Heller y F. Fehér en su libro *Sobre el Pacifismo*.¹ Y aunque nuestro análisis se circunscribe al texto señalado, es necesario mencionar que algunos destacados intelectuales de renegada

1 Heller, A. Fehér, F., *Sobre el Pacifismo*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1985.

extracción marxista como C. Castoriadis, E. Morin y A. Glucksman, comparten (a pesar de sus múltiples diferencias teóricas y metodológicas) con los autores húngaros, una similar concepción sobre el tema.

1. La guerra fría en los ochenta

Una de las cuestiones que más sorprenden del texto de Heller y Fehér es su planteamiento acerca de la inexistencia de una posibilidad de repetición de la guerra fría.² La sorpresa se acrecienta si recordamos el tratamiento amarillista que presenciamos en ocasión del derrumbe del avión coreano en territorio soviético o cuando la prensa occidental mencionó cifras exorbitantes de muertos en el accidente nuclear de Chernobyl (finalmente tuvieron que acallar sus exageraciones para no lesionar los intereses de la industria nuclear).

Ciertamente el clima candente de confrontación ideológico-político entre este y oeste se encuentra, de forma relevante o incidental, en el conjunto de conflictos de los últimos años: la invasión soviética en Afganistán (1979), la crisis polaca de 1980-81, la intervención norteamericana en Granada, Líbano, Libia, Nicaragua, y en la serie innumerable de guerras regionales. En este contexto, no hay duda de que tanto el amarillismo de la prensa occidental, como la censura interna ejercida por los medios de información del bloque oriental, han propiciado la desinformación y el odio xenofóbico entre las naciones.

El momento clave del reinicio de la guerra fría se fija a partir del 12 de diciembre de 1979, cuando la cumbre de la OTAN decide la colocación en Europa de 572 cohetes Pershing II y Cruise, como respuesta a la instalación de los misiles SS-20 por parte de la URSS.

Al asumir el poder en 1980, R. Reagan pone en marcha su proyecto de reivindicar la imagen de los EEUU como país protector del mundo occidental (imagen que se había perdido después del fracaso en Vietnam y durante el gobierno de Carter), y con ese propósito solicita al Congreso los mayores presupuestos militares de la historia norteamericana en tiempos de paz.³

Para justificar los altísimos gastos en armas, el presidente estadounidense se ve en la necesidad de recurrir al terrorismo verbal; la URSS aparece entonces como el "imperio del mal" y la fobia anticomunista del mandatario llega al delirio de bromear con un supuesto bombardeo nuclear del territorio soviético.

El procedimiento político de estigmatizar al enemigo es explicado magistralmente por el historiador inglés E. P. Thompson: "La amenaza simulada del 'otro' se vuelve funcional para la tenencia del poder por los gobernantes de los bloques rivales; legítima su asignación de impuestos y recursos, sirve para disciplinar a los estados clientes díscolos, proporciona una disculpa para los actos de intervención y es un recurso conveniente para el control social e intelectual interno".⁴

2. El concepto de disuasión (MAD)

Entrampados en el obsoleto e ideológico concepto de *disuasión* (Mutual Assured Destruction), Heller y Fehér llegan al extremo de postular que "las armas nuclea-

² Cfr., *Ibid.*, p. 55.

³ En 1985 el Departamento de Defensa gastó la cifra récord de 313 mil millones de dólares: 860 millones diarios, 590 mil dólares por minuto.

⁴ Thompson, E. P., *Nuestras Libertades y Nuestras Vidas*, Barcelona, Ed. Crítica, 1987.

res (. . .) deben seguir siendo una *fuerza de disuasión global* (. . .) Su fin es impedir guerras”.⁵

Al caracterizar a la disuasión termonuclear como “institución moral” que “. . .no debe emplearse más que en defensa propia, y aún entonces únicamente *in extremis*”,⁶ los filósofos húngaros revelan una concepción desacertada del asunto.

En primer lugar, es sabido en los ámbitos especializados que el viejo concepto de disuasión se usa más bien con fines de propaganda política, y que en realidad ya ha sido sustituido por el concepto de *defense guidance* (adoptado por el Pentágono en mayo de 1982), el cual se sustenta en la estrategia de *contrafuerza* ideada por Herman Kahn. Esta nueva perspectiva de guerra pretende crear ciertas armas estratégicas de gran precisión que garanticen no sólo la superioridad militar de los EEUU, sino también la posibilidad de efectuar un bombardeo fulminante (del llamado *gran golpe*) a través de armas del tipo MX, Midgetman, Trident II, Polaris, y los cohetes antisatélite (aún en proyecto).

La SDI o sistema de *Guerra de Galaxias* surge en este contexto de búsqueda de la superioridad militar norteamericana, justo en el momento en que la crisis de la economía soviética les imposibilita a los jefes rusos su anhelado objetivo de homologar los avances militares de la OTAN. El proyecto de la SDI se da a conocer en 1983, y pretende romper el equilibrio nuclear mediante la instalación en el espacio de armas anticohete que estén en la capacidad de interceptar y destruir los misiles balísticos rusos antes de que alcancen suelo norteamericano. La mortífera estrategia de *contrafuerza* presupone que después de un primer y devastador ataque (big stick), el sistema de Guerra de Galaxias impondría un escudo estratégico frente a los cohetes rusos que hubieran sobrevivido al ataque preventivo de los EEUU.

En segundo lugar, resulta evidente que la posibilidad de una “guerra nuclear limitada” (respuesta flexible) o de una “guerra nuclear táctica” en el llamado “teatro europeo” o en el Medio Oriente, a través de la utilización de cohetes de alcance intermedio como los Pershing II y los Cruise, desencadenaría forzosamente que se involucrarán totalmente las potencias y sus arsenales con rumbo fatal hacia una conflagración apocalíptica. Por esta razón, las bombas nucleares no son una “institución moral” como piensan Heller y Fehér, ni pueden utilizarse en “defensa propia” sin desencadenar el holocausto nuclear del planeta.

Precisamente en relación a la *posibilidad real* de una tercera guerra mundial que destruyera la vida en la Tierra, los discípulos de la Escuela de Budapest manifiestan una total incredulidad. Según ellos, la alarma de los pacifistas al respecto es injustificada e ideológica.⁷

Por desgracia, el ingenuo optimismo de los escritores húngaros olvida que por lo menos en tres ocasiones el peligro de la guerra estuvo a punto de convertirse en dramática realidad: en 1962 con la llamada “crisis de los misiles” en Cuba, en 1967 con el conflicto árabe-israelí, y a fines de los años sesenta en Vietnam. Asimismo no se deberían de olvidar las cuantiosas ocasiones de irracional peligro que ha enfrentado la humanidad, a causa de informaciones confusas de los satélites, errores humanos o fallas en las computadoras; la inminencia de una guerra accidental ha sido frenada antes de que el lanzamiento de los misiles contra el enemigo se convirtiera en un hecho irremediable.

5 Heller A. Fehér F., *op. cit.*, Prefacio, p. IX.

6 *Ibid.*, p. 57.

7 *Cfr.*, *Ibid.*, p. 43.

3. La URSS como el ogro expansionista

En forma paradójica, los análisis de Castoriadis, Glucksman, Morin y la pareja Heller-Fehér conjuntan en sus textos una munuciosa y brillante crítica del sistema totalitario soviético con una obsesiva y alucinante mistificación de la URSS como imperio expansionista que amenaza con devorar al mundo libre y democrático occidental.

Los antiguos teóricos marxistas coinciden con los halcones del Pentágono y con la ultraderecha más recalcitrante, cuando disertan sobre un supuesto “. . .expansionismo soviético con aspiraciones globales de dominación total”⁸.

Ciertamente cualquier forma de dominación de un país sobre otro es repudiable. Sin embargo, si contrastamos la actitud de las dos potencias en los últimos diez años, es indudable que son los Estados Unidos quienes llevan la batuta en actos de violación a la soberanía de los países débiles; han intervenido militarmente en Irán, Granada, Líbano, Libia y Nicaragua. Mientras que la URSS carga con el estigma de la invasión a Afganistán y con la culpa de haber presionado para que a través del Estado de sitio se cancelara la legítima lucha del sindicato Solidaridad en Polonia (1981).

El mito del ogro expansionista ruso olvida que en los últimos años la URSS ha padecido una fuerte crisis económica generada por su ineficiente maquinaria burocrática, que le imposibilitó llevar adelante cualquier proyecto de igualar la superioridad tecnológica de los Estados Unidos, así como continuar apoyando directa y masivamente a los procesos de liberación antimperialista en el mundo.

La crisis económica de la URSS ha propiciado, incluso, una mayor tolerancia de su parte frente a la autonomía política de los distintos países socialistas. Los pasos hacia un acercamiento diplomático con China y Yugoslavia y el distanciamiento de Rumania respecto al Bloque Oriental, así lo corroboran.

Los intelectuales aludidos, repitiendo el más socorrido cliché reaganiano, postulan que el origen fundamental de los procesos antimperialistas se encuentra en la voracidad expansionista del totalitarismo ruso. Desde esta perspectiva, Nicaragua, por ejemplo, no es un país que después de derrocar a un dictador ahora pretenda rescatar su soberanía nacional y crear un proyecto más igualitario de sociedad, sino que más bien constituye una punta de lanza de Cuba y la URSS en contra de la “seguridad nacional” de los Estados Unidos.

En este mar de confusiones, la distinción entre *imperialismo* y *hegemonismo* nos permitirá aclarar cuál es realmente el papel que cumplen las potencias respecto a sus zonas de influencia. El concepto de imperialismo, en su acepción más recurrente en ciencias sociales desde Hilferding en adelante, presupone por una parte la presencia del *capital monopolista*, y por la otra, la existencia de una *relación económica de explotación* (a través de préstamos financieros, inversiones directas, venta de tecnología y comercio con intercambio desigual) entre los monopolios transnacionales y las economías periféricas. El hegemonismo, en cambio, impone el *sometimiento ideológico y político* de los países que están en su zona de influencia, y en ocasiones también implica el aplastamiento étnico y cultural de los pueblos subyugados. Resulta obvio, sin embargo, que el imperialismo y el hegemonismo pueden ser ejercidos por un mismo país sobre otros.

En relación a las actuales potencias, es indudable que Estados Unidos se comporta como una potencia imperialista, cuyos monopolios *explotan* económicamente

⁸ *Ibid.*, p. 81.

los recursos agrícolas, mineros y humanos de las naciones del Tercer Mundo. En este sentido, a su gobierno le preocupó más que Allende haya nacionalizado la industria del cobre en Chile, que el hecho de que Pinochet hoy en día viole sistemáticamente los derechos humanos.

Por su parte, la URSS subordina ideológica y políticamente (sin llegar a explotar sus economías) a sus satélites del Pacto de Varsovia. Tampoco hay duda, de que frente a los intentos de autonomía política en la Hungría de 1956, o en relación con la experiencia democrática de la Primavera de Praga en 1968, los rusos han respondido con intervención militar.

En verdad, tanto el imperialismo norteamericano como el hegemonismo soviético son nefastos desde cualquier punto de vista. No obstante, es necesario precisar teóricamente el hecho de que mientras al hegemonismo ruso le cuesta bastante dinero ayudar a la sobrevivencia de una Cuba bloqueada económicamente, las transnacionales de los Estados Unidos por el contrario, obtienen grandes ganancias de la explotación del hierro en Liberia o el manganeso en Gabón.

Ni los intelectuales citados, ni el propio gobierno norteamericano, con toda su capacidad tecnológica y de espionaje, han podido demostrarle al mundo que la guerrilla salvadoreña sea producto del expansionismo ruso infiltrado en Centroamérica a través de sus "tentáculos" cubano y nicaragüense. El famoso Libro Blanco de la CIA resultó, en este sentido, un verdadero fiasco. Y aunque la URSS pueda efectivamente, como cualquier otro país, venderle armas a Nicaragua, esta actitud no es comparable con la ayuda directa, masiva y ostentosa que proporcionan los Estados Unidos a la *contra* nicaragüense, la de Afganistán, o a los guerrilleros de la UNITA en Angola.

Otro de los elementos utilizados para criticar al "imperio del mal", consistió en argüir una supuesta superioridad del arsenal soviético sobre el norteamericano. Pero, como lo confirma el anuario del SIPRI (institución prestigiada e imparcial), debido a la censura que existe en la Unión Soviética sobre las cifras militares, resulta en extremo problemático confiar en la veracidad de las estimaciones hechas por los servicios de inteligencia norteamericanos; máxime si se sabe que el gobierno estadounidense tiende a sobrestimar el arsenal soviético con el propósito de conseguir respaldo del Congreso a su altísimo presupuesto militar.⁹

A pesar de la dificultad que existe para evaluar con precisión el arsenal soviético, ninguna de las estadísticas proporcionadas por los institutos independientes que estudian los asuntos de la guerra y la paz mencionan superioridad cualitativa del Pacto de Varsovia sobre la OTAN. Por el contrario, especialistas en la materia, como Fred Halliday, demuestran que tanto a nivel de la capacidad tecnológica, como en el grado de desarrollo económico reflejado en el Producto Nacional Bruto, resulta ostensible la superioridad militar estratégica del bloque occidental sobre el oriental.¹⁰

4. Sobre el pacifismo

Según la tesis de Heller y Fehér, el auge del movimiento pacifista de los ochentas fue resultado de tres factores: la depresión económica global, el fin de la hegemonía norteamericana y la desaparición de toda esperanza en un "socialismo reformado".¹¹

⁹ Cfr., Anuario del SIPRI 1985, Ed. Fepri, Madrid, 1986, p. 67.

¹⁰ Cfr., Halliday, Fred, *El Sistema Soviético Hoy*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1984.

¹¹ Heller, A., *op. cit.*, p. 127.

Es necesario aclarar al respecto que el pacifismo no representa un fenómeno privativo de la década de los ochentas. Sus antecedentes históricos y teóricos se remontan a la tradición taoísta VI, al cristianismo primitivo y a los movimientos milenaristas de la Alta Edad Media. En la época moderna el pacifismo renace y prolifera en diferentes corrientes políticas, así como en el pensamiento y la actitud de hombres de gran estatura moral. Ejemplos de ello los encontramos en el humanismo erasmista, en las teorías sobre la paz durante la Ilustración, en las concepciones y prácticas de la desobediencia civil en personas como Thoreau, Tolstoi, Ghandi y Martin Luther King, y en las acciones y textos pacifistas de Albert Einstein y Bertrand Russell.

Aunque son cuantiosos sus antecedentes, el pacifismo de los ochentas encuentra su raíz más cercana por una parte, en los movimientos antimilitaristas de fines de los cincuentas y principios de los sesentas, los cuales tuvieron a la CND (Campaña por el Desarme Nuclear) inglesa como su portavoz principal (recuérdese la famosa marcha a Aldermastom); y, por la otra, en las manifestaciones de protesta contra la guerra de Vietnam durante los años sesenta y el primer lustro de los años setenta.

El 12 de diciembre de 1979 es considerado como el nacimiento del pacifismo de los años ochenta. Efectivamente, a partir de la decisión de la OTAN de modernizar su arsenal nuclear continental mediante la instalación de los cohetes Pershing II y Cruise, se genera en Europa un poderoso movimiento en pro del desarme nuclear. En forma combativa, el recién nacido END (European Nuclear Disarmament) hace público su famoso "llamamiento Russell" (abril de 1980), a través del cual, se invita a la gente a organizarse para luchar por la creación de una Europa desnuclearizada. Con la misma finalidad, el brillante historiador E. P. Thompson publica su célebre texto *Protesta y Sobrevive*.¹²

El recuento histórico de los antecedentes y la génesis del pacifismo nos permite refutar el planteamiento de Heller y Fehér antes citado. En primer lugar, el comienzo de la depresión económica mundial debe fecharse en los años de 1973-74, con la famosa crisis del petróleo, debido a ello este fenómeno poco tiene que ver con el surgimiento, cinco o seis años más tarde, del actual movimiento pacifista. En segundo lugar, el largo proceso de la decadencia de la hegemonía norteamericana, que se remonta en términos económicos a finales de los años sesenta y en términos políticos a la derrota en Vietnam (1968-1975), tampoco puede servirnos como marco de referencia para entender el renacimiento del pacifismo. En tercer lugar, el inicio y auge del antimilitarismo durante 1980-1981 coincide, precisamente, con el más importante *movimiento de esperanza* en la posibilidad de crear un "socialismo reformado" que se ha dado en los últimos años; nos referimos a la lucha del sindicato Solidaridad (el cual llegó a tener 10 millones de afiliados).

5. La paz o la libertad

En su texto, Heller y Fehér afirman que "...ciertos objetivos de los movimientos pacifistas excluyen por ejemplo, la libertad al menos como valor último".¹³

Con esta clase de planteamientos se acusa a los pacifistas de privilegiar la vida sobre la libertad, de no incorporar el concepto de "buena vida" a sus demandas políticas, de ser catastrofistas, derrotistas y románticos.

¹² Thompson, E. P., *Protesta y Sobrevive*, Madrid, Ed. Hermann Blume, 1983.

¹³ Heller, A., *op. cit.*, p. XI.

Las denostaciones de Heller y Fehér contra el pacifismo no pasan de ser una simple caricatura. En vez de incurrir en el absurdo y maniqueo binomio entre vida-libertad y rojo-muerto, en el cual pretende encuadrarse a los pacifistas, éstos demuestran con su programa y sus luchas concretas el trascendente significado ético-político de su práctica alternativa. Así por ejemplo, basta un recuento de los planteamientos hechos en la tercera convención del END, efectuada en Perugia, Italia en julio de 1984, para valorar con exactitud la real dimensión del proyecto pacifista. Este consiste en: luchar por el desmantelamiento de los cohetes soviéticos SS 20 y por la no instalación de los Pershing II y Cruise norteamericanos; la desnuclearización progresiva hasta conseguir la creación de una Europa neutral y autónoma al margen de cualquiera de los dos bloques militares; la edificación de una red política de intercambio, información, solidaridad y apoyo recíprocos entre los países del este y el oeste que permita la defensa conjunta de la democracia, los derechos humanos y la paz; la vinculación de la lucha pacifista con los movimientos de liberación nacional antimperialistas, y con las batallas de los diferentes grupos alternativos (minorías étnicas, ecologistas, grupos de base, etc.); el repudio a la ideología de ambos bloques y la postulación de una ética pacifista y democrática.¹⁴

Como lo demuestra su programa político, es falsa la afirmación de que los pacifistas no se preocupan por la democracia y la libertad, o por el *sentido cualitativo* de la vida que defienden. Por lo demás, resulta increíble la aseveración de Heller y Fehér en el sentido de que “. . . los objetivos propios del socialismo deben seguir siendo primordiales frente a la tendencia antinuclear”.¹⁵ Es difícil creer que sea precisamente la excelente escritora que antaño reivindicaba “las necesidades radicales” y con ellas la legitimidad y trascendencia de las luchas micropolíticas, quien ahora defienda la supuesta prioridad de la lucha socialista frente a las demandas de los pacifistas. Afortunadamente, los lamentables cambios ideológicos y políticos de Agnes Heller no afectan en forma alguna a las conquistas y a la autonomía política logradas por los movimientos contraculturales de los últimos treinta años.

Al recoger la rica tradición de los movimientos contestatarios y alternativos, el pacifismo ha considerado que es mucho mejor dotarse de una estructura organizativa abierta, horizontal, pluralista y democrática, en lugar de reproducir la vieja forma del partido burocrático y clientelar. Desde esta perspectiva, los grupos alternativos han privilegiado el contenido ético en vez del pragmatismo político, y su propia estructuración como movimiento abierto de masas, heterogéneo, descentralizado y autónomo, constituye en sí misma una contribución a la lucha en favor de una *nueva cultura* más libre y democrática.

Los Partidos Verdes europeos, acogen en su seno a diversos grupos de pacifistas, ecologistas, homosexuales, feministas, defensores de los derechos humanos, etc., con el objetivo de articular las exigencias políticas y las luchas de cada uno de estos sectores sin cancelar o subestimar la autonomía y legitimidad de ninguno de ellos.

El Partido Verde Alemán, el más fuerte de los *Grünen* europeos, ha generado con su actuación cotidiana una verdadera transformación de las formas del *actuar político*, la cual desgraciadamente no ha sido reconocida por los intelectuales antipacifistas. Por ejemplo, su comportamiento político en los parlamentos se ha caracterizado por la responsabilidad, la innovación permanente, el lenguaje directo y claro, la rotación de puestos, el igualitarismo entre los militantes, la relación directa con las

¹⁴ Cfr., Rafael Grasa “La Convención de Perugia” en *Mientras Tanto* no. 21. Barcelona, diciembre de 1984.

¹⁵ Heller, A., *op. cit.*, p. 3.

bases, y la postulación al parlamento de listas compuestas exclusivamente por mujeres (como forma de contrarrestar el machismo político).

La importancia de la *nueva cultura política* practicada por los Verdes, permite la convivencia de los fundamentalistas y los realistas sin que se fracture la alianza, sólo tiene parangón con las medidas autogestivas creadas por el gobierno comunal de París 1871, o con la experiencia imaginativa de los Provos y Kabouters holandeses en los años sesenta.

6. La libertad amenazada

La desacertada afirmación de los escritores húngaros de que los movimientos pacifistas son en realidad vehículos potenciales del expansionismo soviético,¹⁶ se complementa con la aseveración paradójica de que “. . .no es imposible que el paraguas nuclear americano proteja a la izquierda occidental”.¹⁷

Como puede apreciarse, el mensaje de Heller y Fehér (y en esto coinciden con los intelectuales antes mencionados) es muy claro: frente a un mundo dividido entre el mundo occidental que representa a la libertad y el mundo oriental identificado con el *gulag* totalitario, debe preferirse la disuasión nuclear en vez del derrotismo que predicán los pacifistas. En otras palabras, dado que: “. . . ‘occidente’, como depositario de la democracia, es un valor en sí mismo que hay que defender”,¹⁸ y debido a que la URSS expansionista amenaza con devorar las democracias en Europa, nada mejor que proponer a la OTAN como salvaguarda de la actual libertad del mundo occidental.

La máscara izquierdista de Heller y Fehér cae rota en pedazos. No sólo es equívoca desde el punto de vista histórico y geográfico la división Este-Oeste en los términos antes mencionados, sino que además resulta absolutamente falso el considerar a los pacifistas como si fueran el “caballo de Troya” de los soviéticos.

Es suficiente la lectura de las críticas de E. P. Thompson a la lógica militar del Pacto de Varsovia y a la estructura antidemocrática de sus respectivas sociedades, para darse cuenta de que una cosa es la lucha antimilitarista de la CND y del END, y otra cuestión muy distinta resulta ser la política del Consejo Mundial por la Paz (organismo manipulado por la URSS).

Desde su nacimiento, los movimientos pacifistas han interrelacionado la lucha por la paz con las batallas en favor de la democracia. Al respecto escribe Thompson: “. . .debemos presionar, al mismo tiempo que rechazamos las armas, para que se abran las fronteras y las prisiones. Ni la causa pacifista ni la causa de la libertad pueden esperar a los respectivos avances de una u otra: lo natural es que avancen juntas”.¹⁹

El surgimiento de grupos pacifistas que luchan al mismo tiempo por el establecimiento de la democracia en los países del “socialismo real”, corrobora lo incorrecto del planteamiento de Heller y Fehér.

Ya sea en el caso del referéndum español sobre la permanencia dentro de la OTAN o en la visión más apologética de un “occidente democrático” guarecido por los cohetes del Pentágono norteamericano, los intelectuales en cuestión han soslayado

¹⁶ Cfr., *Ibid.*, p. 124.

¹⁷ *Ibid.*, p. 181.

¹⁸ *Ibid.*, p. 5.

¹⁹ Thompson, E. P., *Nuestras Libertades*. . . , p.

el hecho de que países como Finlandia, Suecia, Austria y Suiza han existido como naciones libres y soberanas sin estar dentro de la OTAN, y sin que se hayan visto amenazadas por el “imperio del mal” soviético.

7. La utopía del desarme

La caracterización que hacen Heller y Fehér sobre el pacifismo como un movimiento utópico e ingenuo por luchar en favor de una Europa pacífica, desnuclearizada y autónoma respecto a los bloques militares,²⁰ ha sido desmentida por los últimos acontecimientos históricos. Nos referimos en primer lugar, al tratado INF firmado por Reagan y Gorbachov el 8 de diciembre de 1987, y en segundo, a los avances progresivos tanto de los Partidos Verdes como de los pacifistas en Alemania, Suiza, Italia, España, Estados Unidos, etc.

Respecto al primer punto, es pertinente señalar que el loable acuerdo INF, por medio del cual se eliminan los euromisiles (armas tácticas de alcance intermedio), obedece a un conjunto de causas, entre las cuales por supuesto debe mencionarse la lucha pacifista.

Lo que en 1984-85 parecía una utopía, de pronto, en 1987 se convierte en realidad gracias a una confluencia diversa de elementos. Por un lado, la URSS se ve en la urgencia de frenar la carrera armamentista que no sólo ya había perdido a nivel de la competencia tecnológica, sino que además representaba una erogación excesiva de recursos económicos que le eran indispensables para aliviar la crisis de su aparato productivo cada vez más anquilosado. La necesidad de modernizar su economía y de establecer lazos comerciales con Europa, China y los Estados Unidos en un clima de paz y distensión, son los factores esenciales que obligan a los dirigentes soviéticos a proponer los tratados de reducción de armas.

Por su cuenta, los Estados Unidos tampoco actúan a partir de la simple buena voluntad de su élite política. A pesar de su retórica y sus actitudes anticomunistas y belicistas, Reagan se ve forzado a negociar con los soviéticos gracias en buena medida a los efectos producidos por el “keynesianismo militar” en la maltrecha economía estadounidense caracterizada por: un déficit de la balanza comercial de 159 mil 200 millones de dólares, un déficit de la balanza de pagos de 160 mil 700 millones de dólares, una deuda externa que subió a un récord de 424 mil 200 millones de dólares, y un déficit presupuestal de 221 mil millones de dólares.

No hay duda de que los enormes presupuestos militares requeridos para los proyectos de “modernización” (como el carísimo SDI que sólo favorece al Complejo Militar-Industrial), han causado una distorsión de la base industrial de la economía norteamericana. De esta forma, tanto la producción de bienes de consumo y de capital, como el nivel general de competitividad comercial, se han visto afectados por el excesivo gasto utilizado en la industria militar.

Además del altísimo déficit presupuestario de los Estados Unidos (que ha forzado al Congreso a reducir la partida militar solicitada por Reagan de 312 a sólo 303 mil millones de dólares, para el año fiscal de 1988), es importante también mencionar que detrás de la firma del INF encontramos la necesidad del gobierno reaganiano de tener un triunfo político al cual acogerse en el año electoral de 1988, sobre todo si se recuerda el enorme desprestigio que implicó el “Irangate”.

²⁰ Cfr., Heller, A., *op. cit.*, p. 161.

En relación al actual auge del pacifismo y el ecologismo (sobre todo después del accidente en Chernobyl), basta hacer un mínimo recuento de sus últimas movilizaciones y triunfos para documentar fehacientemente el error de aquellos que pronosticaban la futilidad y el debilitamiento de los movimientos pacifistas.

En Alemania Occidental el Partido Verde, convertido en una agrupación de más de 40,000 miembros activos, obtuvo el 8.3% de los votos totales (44 escaños, 3.1 millones de sufragios) en las elecciones parlamentarias de enero de 1987. Las votaciones a favor de Los Verdes en las ciudades fueron: 14.5% en Bremen, 18.4% en Freiburg, 15.1% en Tübingen, 13.9% en Frankfurt, etc.²¹

En Italia, los Verdes entran al Parlamento con 13 escaños después de las elecciones municipales del 29 de mayo de 1987. Y en el referéndum sobre la utilización de la energía nuclear, prefiriendo la salud al empleo, obtienen una victoria sorpresiva el 9 de noviembre de 1987.

En España, a pesar de que perdieron por escaso margen el referéndum sobre la permanencia en la OTAN, los pacifistas acaban de realizar dos espectaculares marchas en marzo de 1988, pidiendo el retiro de las bases norteamericanas.

En Estados Unidos, además del poderoso movimiento *Freeze* en pro de la congelación de las armas nucleares, los pacifistas han efectuado durante marzo del presente año en Nevada y San Francisco, dos de las más grandes manifestaciones antibélicas de los últimos 20 años. En ellas se exigió la cancelación de las pruebas nucleares y el cese a la intervención norteamericana en Centroamérica (Panamá y Nicaragua).

En Suiza, el Partido Verde consiguió, en las elecciones de octubre de 1987, 10 bancas parlamentarias.

Igualmente, en París, Budapest, Varsovia, Estocolmo, etc., las marchas pacifistas continúan a la orden del día.

8. El pacifismo a fines de siglo

Independientemente de las críticas que tengamos en contra del despotismo político en el "socialismo real", o del escepticismo que nos despierte la *perestroika* como forma de "deshielo desde arriba", no se puede hacer omisión de que, desde 1985 hasta la fecha, el gobierno de Gorbachov ha propuesto una enorme variedad de tratados y medidas positivas de desmilitarización.

El contraste entre las propuestas soviéticas y la respuesta timorata o negativa a ellas por parte del gobierno de los Estados Unidos constituye la mejor prueba argumental de las deficiencias conceptuales e ideológicas de los intelectuales pro-otanistas. En este mismo sentido, resulta evidente el hecho de que los cambios ocurridos en la cúpula del PCUS igualmente corroboran las deficiencias analíticas de Cornelius Castoriadis al sobrestimar el papel de los militares frente al poder de los tecnócratas del partido.²²

En los últimos tres años, además de haber propuesto la erradicación de los misiles de corto y mediano alcance, los jefes del Kremlin han promovido: la limitación de los misiles en los submarinos, la eliminación de las armas químicas, la prohibición de pruebas atómicas (medida que en forma unilateral llevaron a cabo de agosto

²¹ Cfr., Tulatz, Claus, "Exito de los Verdes en Alemania Occidental" en *Le Monde Diplomatique*, abril-mayo 1987.

²² Cfr., Castoriadis, C., *Ante la guerra*, Barcelona, Ed. Tusquets, 1986.

de '85 a febrero de '87), la desnuclearización del Artico, la reducción del 50% de las armas estratégicas, la creación de un corredor desnuclearizado de 300 kms. de ancho sin armas atómicas y químicas, la disminución de las armas y fuerzas convencionales en Europa, la limitación de maniobras militares y el congelamiento de las fuerzas navales en el Mediterráneo a partir del primero de julio de 1988. En forma también unilateral, los soviéticos plantearon su compromiso público de no ser los primeros en utilizar las armas nucleares, al tiempo que retiraban sus cohetes SS 20 de Checoslovaquia y de la RDA, aún cuando no se firma con Estados Unidos la ratificación del tratado INF. Las medidas encaminadas a retirar las tropas de ocupación en Afganistán también constituyen un buen augurio para la distensión.

Por su parte, el gobierno de Reagan se ha distinguido a lo largo de sus dos periodos presidenciales: por haber asignado los mayores presupuesto militares en tiempos de paz, por la negativa a ratificar el tratado Salt-II, por poner en marcha el sistema de Guerra de Galaxias violando con ello los acuerdos antibalísticos de 1972, por reanudar la producción de armas químicas binarias, por construir un nuevo laboratorio de armas biológicas, por la fabricación del nuevo cohete tipo Cruise, por el despliegue del moderno bombardero B-52, por la negativa a detener sus pruebas atómicas, y por su actitud reticente frente a la propuesta soviética de reducir en un 50% las armas estratégicas en la próxima cumbre a realizarse en Moscú a fines de mayo del presente año.

La comparación efectuada es por sí misma elocuente. Los acuerdos conseguidos prueban, sin embargo, que tanto las movilizaciones pacifistas como el ejercicio de la voluntad política de los gobernantes pueden llegar a coincidir en resultados benéficos para los pueblos.

Los planteamientos pesimistas y maniqueos que caracterizaron a los debates intelectuales de principios de la década, en el marco de la guerra fría, han quedado plenamente superados por los nuevos acontecimientos. No por ello deberá caerse en un optimismo ingenuo: las cuantiosas guerras regionales, la miseria y mortandad de millones de individuos, la antidemocracia política, la persistencia de los bloques militares con el nefasto tutelaje de las potencias, el peligro de un holocausto nuclear, el avance del ecocidio sobre el planeta, impiden que pueda levantarse el canto de las sirenas.

No obstante, al concluir los años ochenta, y a diferencia de la caracterización negativa que Heller y Fehér hacen de los grupos políticos a los cuales denominan posmodernos, nosotros consideramos que es justamente en los movimientos *alternativos* donde parece posible encontrar los cimientos de una *cultura política* democrática y libertaria capaz de "mejorar la vida" en este conflicto final del siglo.

Héctor Ceballos Garibay